Escribir, sí; pero ¿cómo escribir?*

Florence Thomas

Coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad

* Este escrito retoma partes de la introducción del libro *Florence de la A a la Z* (Aguilar, 2008) las cuales se re-escribieron y actualizaron para los fines de esta revista.

La liberación de las mujeres
pasa por el lenguaje.
Hélene Cixous

Para las mujeres, la escritura es vital y más que vital, liberadora. Ya nos lo decía Montserrat Ordóñez cuando nos incitaba a escribir sin miedo de los códigos hegemónicos de la escritura oficial, escribir sin temor a no tener nada que decir, escribir como la única manera de empezar a existir. Y sí, de esto estoy segura. Ya, alistar la hoja de papel, el estilógrafo y la taza de tinto es, para una mujer, un primer acto de liberación. Aun cuando hoy ese acto es menos poético porque la pantalla de un computador nunca será igual al olor de esta hoja de papel de mis primeros escritos.

Ahora bien, tenía el papel, la tinta, las letras del alfabeto, es decir la escritura, y sin embargo supe muy rápidamente que esto no era suficiente. Algo me incomodaba. Sentía tal vez que ese privilegio de saber escribir y leer no era suficiente desde esa conciencia crítica que yo estaba construyendo con relación al hecho de haberme socializado como mujer en una cultura patriarcal. Sí, podía escribir, pero cómo escribir, con qué idioma, con qué lengua. En francés o en español, esto no era el problema. El verdadero problema para mí era tener que utilizar un idioma que de alguna manera era la lengua oficial, la lengua del otro, una lengua que traicionaba mi sexo o sea mi particular manera de habitar el mundo. Es así como a medida que pasaban los años, a medida que los debates al interior del Grupo Mujer y Sociedad me nutrían y me cambiaban la vida, sentía que tenía que situarme sexualmente ante el lenguaje pues todas habíamos aprendido con Alessandra Bocchetti que construirnos como mujer no podía seguir en la indiferencia. Teníamos que tratar de interpretar y expresar el mundo desde la otra orilla, desde esa irreducible diferencia sexual sin que eso sea interpretado como capricho de mujeres feministas. No; era afirmar que una lengua es viva y darse el lujo de dejar a la imaginación tomar el poder como lo hace la poesía cuando un verso nos dice *"la tierra es azul como una naranja"*.

Siempre he pensado que las palabras tienen coloración, fonética, semántica y música distinta según si son pronunciadas por un hombre o por una mujer. Sé que esto irrita a mucha gente pero sé también que las mujeres desde siempre —algunas mujeres valientes desde hace siglos y muchas hoy—, buscaron dar nuevos significados a sus vidas, nuevos sentidos al amor, al cuerpo, al erotismo, a la política, al poder y a la ética entre muchas otras cosas que hacen la sal de la vida. Nuevos significados a su manera de habitar el mundo y de interpretarlo. Nuevos significados a una identidad, o identidades en construcción, para saber finalmente cómo nombrarnos. No podíamos dejar a la lengua oficial, esa lengua aprendida y adquirida desde la infancia, cuya semántica fue fijada por una cultura tenazmente patriarcal, la responsabilidad de esta tarea. No podíamos hacerlo con "*la lengua, el idioma del enemigo*" como decía Jean Genet. Tal vez por eso, las mujeres que escriben son peligrosas, como lo dice Stefan Bollman.

Y de hecho cuando las mujeres asumen críticamente su condición y se dejan hablar y escribir como mujer, no hablan ni escriben como los hombres. Es una diferencia difícil de definir, es cierto; generada tal vez por una mirada más aguda del detalle, de lo concreto, de lo palpable, una mirada que toma cuerpo en una voz que no quiere olvidar la trama y el cuidado de la vida misma y siempre tratando de percibir al otro, a la otra. Sin embargo —y lo he reconocido desde hace tiempo— los grandes novelistas hombres y en general los artistas tienden a asumir una androginia que les permite acceder, de alguna manera, a ese lado femenino que, no obstante, les ha sido tan fuertemente reprimido por una socialización impregnada de estereotipos patriarcales. Evidentemente no todos lo logran.

En general, hombres y mujeres no definimos palabras de la misma manera porque no podemos tachar del mapa existencial la diferencia sexual, esta diferencia fundante de la humanidad que nos precisa como seres sexuados; no podemos ocultar por más tiempo nuestras historias de construcción de identidad, nuestras experiencias vitales en relación con el mundo, es decir con los otros, con las otras, con el amor, con la piel, con el cuerpo, con el erotismo y con el poder. No podemos escondernos en un neutro tramposo y manipulador que momifica y paraliza el lenguaje. Ya no. Lo hicimos durante siglos, sumisas y obedientes a un código; ese código definido por las academias de las lenguas —en plural, pues existen academias de las lenguas para muchos idiomas del mundo—; academias que reinan sobre su uso correcto, definen su validez, controlan sus desviaciones e impiden cualquier des-territorialización. Por esta misma razón sospecho de los metalenguajes universitarios que no permiten la libre circulación de tantos escritos, muchos de gran valor, pues terminan por archivarse tristemente en una oficina porque su escritura se distancia de la vida.

Incluso muchas lingüistas feministas piensan que el relativo largo silencio de las mujeres en la historia, silencio que fue interpretado durante mucho tiempo como indicio de su pobre lenguaje, como un síntoma de su incapacidad para dar cuenta de sus vidas, es hoy interpretado como un signo de la pobreza del lenguaje y consecuentemente como signo de la imposibilidad para ellas de expresarse con el lenguaje del amo, como una especie de acto de resistencia de ellas. Tal vez por esto el gran historiador Georges Duby, cuando trataba de conocer e interpretar a las damas del siglo XII, nos decía que era necesario buscar lo que ellas callaban y no tanto lo que ellas lograban decir.

Hoy el lenguaje de las mujeres busca ser un lenguaje nómada. Y me parece justo pues las mujeres de alguna manera, y en ese camino de una revolución inacabada, son nómadas; no quieren reconocerse en lo ya pensado para ellas, quieren extraviarse en un camino sin fronteras; se pueden equivocar, sin embargo de esto también han adquirido el derecho. Pero creo que no se equivocan cuando buscan afirmarse equivalentes políticamente con los hombres y al mismo tiempo reivindicarse diferentes en sus maneras de habitar el mundo y sobre todo de interpretarlo. Y como existen de manera diferente a los hombres, tienen que construir un territorio propio que se tendrá que expresar con un idioma propio. Quiero decir con esto que no pueden instalarse en una lengua que no las signifique, esa lengua generada por un idioma oficial y, por consiguiente, patriarcal. El idioma es un idioma de varón construido desde las experiencias vitales de los hombres y, ante ese hecho, como ya se mencionó, el largo silencio histórico de las mujeres se debe concebir como un acto de resistencia. Ellas nos estuvieron diciendo durante siglos *"con su idioma, señor, no tengo nada que decir…o, no encuentro las palabras para decirlo*". Y esto me hace pensar en un cuento de Doris Lessing llamado *La habitación*

diecinueve, cuento del cual extraigo un fragmento oportuno:

> Miró al hombre rubio de aspecto agradable, su cara limpia, inteligente, con ojos claros, y pensó ¿Por qué no puedo decírselo? ¿Por qué no? Y dijo "necesito estar más sola de lo que estoy". Oyendo esto él volvió hacia ella su lenta mirada clara, y ella vio lo que temía: incredulidad. Estupor. Una mirada incrédula y estupefacta de un extraño que era su marido, tan cercano a ella como su misma respiración. Él dijo. "Pero los niños van al colegio y te dejan tiempo libre." Ella se dijo: Tengo que darme fuerzas y decir: si, pero ¿no te das cuenta de que nunca me siento libre? Que nunca hay un momento en el que pueda decirme a mí misma: No hay nada de lo que deba acordarme, nada que deba hacer en la próxima media hora, o una hora, o dos horas…Pero dijo:" No me encuentro bien."
>
> Él dijo: "Quizá necesites una vacaciones."
> Ella dice turbada: "¿Pero sin ti, verdad?" Porque no podía imaginarse el ir sin él y esto era lo que él creía. Viendo su cara él rió, abrió los brazos y ella se refugió en él, pensando: Sí, sí, pero ¿Por qué no puedo decirlo? ¿Y qué es lo que tengo que decir?

¿Cuántas veces no hemos vivido esta desagradable sensación ante la dificultad para expresarnos, para decir lo que sentimos o sencillamente de no tener nada que decir ante el discurso del otro masculino?

Por otra parte la palabra pública es una palabra relativamente ajena a las mujeres. Esa palabra del médico, del abogado, del cura, del político, del periodista, y también del plomero, del electricista, del líder sindical, del campesino; el discurso del partido político, de derecha, de centro o de izquierda; el discurso de nuestro compañero, de nuestro marido, del amante, de nuestros hermanos, es una palabra de varón, un discurso de patriarca: la lengua del padre. Los hombres hablan; las mujeres callamos, y cuando no, entonces charlamos, hacemos ruido, *"nous bavardons"*, o nos traicionamos y nos mimetizamos en hombre para tratar de responderles.

Nos lo decía Julia Kristeva: *"cuando hablo, hablo una lengua del exilio"*. Sí; las mujeres hablamos una lengua que no nos pertenece y apenas nos estamos despertando de esta pesadilla. Algunas mujeres nos mostraron el camino; pienso en Marguerite Duras, en la Yourcenar, en la gran Virginia Woolf, en Clarice Lispector, en Doris Lessing, en Marvel Moreno, en Albalucía Ángel para citar solo algunas. Para estas mujeres, lo dice la Duras, escribir es la soledad. Escribir con la desesperación; "*escribir es callarse, es aullar sin ruido, es una contradicción y también un sinsentido"*. Y tiene razón, ella más que nadie sabía lo que significaba escribir desde una piel de mujer, un sentir de mujer, pero sobre todo una existencia de mujer. *"La escritura llega como el viento, está desnuda, es la tinta, es lo escrito y pasa como nada pasa en la vida, nada, excepto eso, la vida",* escribió ella. Es finalmente afirmar otro idioma otorgándole por fin una ética, una estética, pero sobre todo es conferir un destino a la diferencia sexual, a ese trascendental hecho de nacer hombre o nacer mujer. Tal vez una "feminología" como la llama Antoinette Fouque, es decir, un nuevo campo epistemológico abierto al lado de las llamadas *Ciencias del Hombre*; en todo caso, una evidente promesa de enriquecimiento recíproco.

Varias autoras colombianas, desde poetas, novelistas, ensayistas o lingüistas, cada una a su manera y desde su disciplina, lo han afirmado. Pienso en primer lugar en Montserrat Ordóñez —por cierto desaparecida prematuramente—, quien marcó profundamente mi deseo de escribir. Montserrat nos estimulaba a escribir sin miedo de los códigos hegemónicos de la escritura oficial, escribir sin temor a no tener nada que decir, escribir como la única manera de empezar a existir. Pienso en Carmiña Navia quien, en varios ensayos, artículos y libros, examinó la narrativa femenina colombiana mostrándonos cómo la voz de la mujer *"ha ido desplazándose de ser una voz alienada ante el discurso dominante/patriarcal, hacia la construcción de una*

palabra propia"; y está también Gabriela Castellanos quien se interesa de manera novedosa en lo que ella llama los "generolectos", es decir, los modos culturales de actuar y hablar que reconocemos como típicos de uno u otro sexo.

Tal vez entonces y por fin nuestros aportes a la sociedad se volverán visibles gracias al acceso nuestro a una posición de sujetos —quiero decir, de sujetas—, de lenguajes. Como los hombres, teníamos la escritura, el lenguaje, la palabra; sí, teníamos la escritura, el lenguaje y la palabra del sujeto. ¿Pero de cuál sujeto? Del único sujeto reconocido, el sujeto masculino. De alguna manera la escritura, los lenguajes, han existido siempre sin ninguna referencia a la diferencia sexual, al género de los hablantes. Y ahí no me estoy refiriendo al género como categoría gramatical que tiene una función esencialmente clasificatoria respecto a los objetos que se denominan mediante el lenguaje. Este género gramatical no está conectado a la oposición masculino/femenino cuando esta oposición traduce experiencias subjetivas distintas. Una mesa o una silla tienen un género gramatical que clasifica estos sustantivos como femeninos, pero una mesa o una silla no tienen sexo. Una alcaldesa o una magistrada, tienen sexo, es toda la diferencia. El género gramatical de la silla o de la mesa no tiene nada que ver con la diferencia sexual. Nada. Y estoy segura de que la alcaldesa o la magistrada tienen una experiencia subjetiva distinta de un alcalde y de un magistrado. Mi polémica se sitúa ahí. Sencillamente.

Y tuvimos que esperar los tiempos del advenimiento de las mujeres a una posición de sujetas para que existiese la posibilidad de dejar atrás nuestra vida en simulacro; una existencia construida por hombres, desde el deseo masculino, desde los fantasmas masculinos que nos convertían en mujeres *de la ilusión*. Salir de esta existencia en simulacro exigió la génesis de un nuevo deseo que circula ahora de la mujer a la mujer y no del hombre a la mujer, como lo dijera bellamente Lorite Mena en su libro *El orden femenino: "El nuevo deseo de la mujer es inseparable de la desarticulación del orden de los signos que llenaban de realidad su ausencia de ser".* Por cierto es un cambio lento que se genera en el seno de una revolución aún en curso; un cambio fundamental, más exactamente, fundante de una bifurcación del deseo y de la realidad. Los hombres ya no están solos para expresar el mundo, para interpretarlo, para actuar sobre él. Los hombres, huérfanos desde hace siglos —y convencidos de que ese hecho no los afectaba mucho— ya están acompañados y tendrán que darse cuenta que hay otros conocimientos que adquirir y otras preguntas que hacerse partiendo de lo que han ignorado y de lo que fue callado, es decir, de lo que no se ha dicho sobre esta manera particular y específica de las mujeres para habitar el mundo y nombrarlo.

Y no es que critique lo que han dicho, lo que definieron, lo que escribieron los hombres; eran hombres inmersos en sus tiempos y en sus historias. Hicieron lo que podían hacer: describieron el mundo según sus propias experiencias vitales, su tan laboriosa construcción de identidad, sus nudos con la madre y su enorme dificultad para atravesarla, única manera para ellos de llegar a la mujer; su relación con el padre y con el poder, sus lugares como sujetos de deseo, como amos del saber y del mundo. Algunos lo hicieron de manera magistral y creo que nunca expresé dudas en relación con esto. Mi extrañamiento fue del lado de su seguridad, de su arrogancia. No podía entender, y sigo sin poder entender, cómo podían pensar, cómo pueden pensar que están hablando a nombre de todos, y muy especialmente de todas. La historia, la filosofía y en general las ciencias sociales son testigos de los siglos de ceguera ante la diferencia sexual. La Razón fue una razón tan patriarcal que casi logra aniquilar al otro diferente, a todos los otros diferentes y, con más razón, a la otra.

No es el propósito de este escrito sumergirse en una estéril pelea con algunos escritores o escritoras, lingüistas, sociólogos, sociólogas y demás habitantes de las ciencias sociales para saber si existe una escritura femenina o una cultura femenina porque no se trata de esto. El problema, o por lo menos mi problema hoy, no reside ahí. Se trata de construir una cultura incluyente, capaz de expresar la inmensa diversidad humana; una cultura que no homogeniza, que no manipula, que no normaliza, que no castiga cuando los códigos se olvidaron o se transformaron; una cultura que reconoce la imprescindible y urgente des-territorialización de todos los códigos lingüísticos definidos desde hace siglos por una razón tristemente patriarcal, la razón de los vencedores que lograron callar y ocultar esta otra orilla desde donde también existen visiones del mundo que difícilmente se asemejan a la visión oficial. Esa otra orilla desde donde emerge una luz en la oscuridad patriarcal para asegurar el advenimiento de una escritura propia capaz de significarnos fuera del simulacro.

Creo firmemente que la manera como las mujeres ocupan el espacio social desde sus gestos y sus prácticas, desde su histórico silencio tan mal interpretado por los hombres, en fin, desde su lugar en la cultura, ha debido producir algunos rasgos particulares inscritos en una determinada visión del mundo que no puede asemejarse a aquella propia de los hombres. El mismo Pierre Bourdieu, quien fue el autor del concepto de *habitus,* emitió la hipótesis de que tal vez, la experimentación del mundo social por las mujeres pudiera suscitar un *habitus* con sus preferencias y sus competencias particulares. Siempre y cuando ellas no hagan trampas. Siempre y cuando no se traicionen. De hecho hoy día encontramos una cantidad de mujeres que tienen un afán casi ciego de asemejarse a los hombres, de disfrazarse de hombres al precio que sea. Pero para las mujeres que han pasado de la casualidad de haber nacido mujer a la conciencia crítica de lo que significa ser mujer en una cultura patriarcal, el lenguaje debe llevar inscrita en su interior la diferencia sexual. No existe un lenguaje neutro. El lenguaje es sexuado como los sujetos que lo hablan. Hablaré entonces un lenguaje de mujer, mi escritura será una escritura de mujer consciente hasta la médula de que mi ser mujer no puede habitar en la indiferencia o en la neutralidad. Consciente de seguir con mi afán de remediar el dolor de la pérdida y de buscar afirmar esta bifurcación del deseo. Para empezar a balbucear lo que ha sido callado durante siglos. Para empezar a darle cuerpo a lo que Michel Foucault llamaba la voluntad de saber. Nuestra voluntad de saber está ahora a la orden del día. Y nadie nos callará porque como decía Montserrat Ordóñez, *"debemos ahora, ya, irnos a nuestro posible o imposible rincón y escribir, escribir para poder morir en paz.*

Soy francesa... escribo en español
Mi lengua materna es el francés y fue mi única idioma hasta cumplir 24 años.
Hoy sueño, pienso y escribo en español.

Hace 47 años, cuando llegue a Colombia, escasamente sabia decir "sí" y "no" en español. Pero llegué por amor – por amor a un colombiano – y como es bien sabido, el amor es el mejor motivo para aprender un idioma. Permite adentrarse en el idioma desde el cuerpo, la piel, la caricia, la lengua y sus palabras más dulces. Algo más tarde, desde mi oficio de docente en la Universidad Nacional de Colombia, pude iniciarme poco a poco en el español por medio de una extraña mezcla de palabras propias de un cierto saber psico-sociologico – soy psicologa de formacion y fui responsable del area de psicologia social durante mas de 25 años en la Universidad – y de un vocabulario politico específico de los años setenta y ochenta de la universidad. Conocí los vocablos JUCO, MOIR, mamerto, antes de conocer palabras como aguacate o mispero... Por cierto, el hecho de no tener contactos con la colonia francesa de Bogotá me permitió, sin duda, avanzar relativamente rápido en mi aprendizaje del español. Ni siquiera mis hijos estudiaron en el Liceo Francés sino en un colegio colombiano y con ellos siempre hable español, por lo menos durante sus primeros años. Solo mas tarde los inicie al francés.

Sí; hoy sueño en español, pienso en español, escribo en español. Soy francesa y nadie lo duda, pues el acento – esta particular manera de no poder con la r o con las rrs que me obliga a nombrar

Escrito publicado en Grupo Santillana de Ediciones S.A. En español, Madrid, 2001, pp. 340-341

aves y no pajaros, automóvil y no carro —
no me abandonó y, de alguna manera me gusta
porque sé que nunca dominaré del todo el
español. Al contrario, es mi manera, tal vez, de
asumir mis dos mundos, mis sin-fronteras, de
no olvidar mi infancia, mi memoria de olores,
de estaciones, de mares frios (soy normanda), mi
memoria blanca de nieves y de "croissants chauds"
los domingos.
Soy francesa. Ya casi nunca escribo en frances.
Pienso y escribo en español. La palabra mujer ya
no puede ser "femme". La palabra hombre ya no
puede ser "homme". Pero amor y "amour" siguen
afortunadamente casi confundidas. Escribo en
español. Y lo que escribo en español no podria
escribirlo en frances.

Me gusta escribir pero nunca seré una escritora.
Hoy trato de escribir desde mi ser mujer, desde
una creciente conciencia de ser mujer en Colombia.
Tratar de imprimir este ser mujer en mi escritura
es, hoy pa hoy, suficiente. Y ahí esta mi acento.
Para no olvidar.

Florence.